

Seminario Teológico de Puerto Rico

Alliance University

PMN 346 Formación Espiritual Personal

Profesora Rina M. García Rodríguez

Diario de Aflicción

Por: Carmen Sulayka Pérez Campos

Fecha: 15 de febrero de 23023

Diario de Aflicción

Las Escrituras nos enseñan que “Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo.” Daniel 4:2. Es por esto, que a través de este diario de aflicción abriré mi corazón hacia usted para exponer vivencias pasadas para glorificar el nombre del Señor. Ciertamente es difícil recordar y tocar la puerta del corazón para traer memorias de un pasado doloroso, el cual marcó la vida de una niña hasta su adultez. En este diario podrá conocer varias de mis heridas y grandes pérdidas que he tenido. Pero también van a conocer al Dios todopoderoso que con su amor y misericordia me sanó, me libertó y quito todo dolor, tristeza y angustia de mi vida.

Nací en un hogar disfuncional de padres divorciados desde que tenía la edad de 3 años. Me crie en un ambiente muy fuerte, donde el más fuerte era el que sobrevivía. En mi niñez tuve muchas experiencias que trastocaron mi vida, que me marcaron y crearon una joven rebelde y con un corazón dañado. Aunque era muy pequeña cuando mis padres tomaron la decisión de separarse, sufría cada fin de semana las discusiones, las palabras y todo lo que pasaba entre ellos, solo cuando le tocaba buscarme. Cada viernes para mí era saber que algo pasaría entre ellos y eso me causaba mucha tristeza.

Ya para la edad de los 7 años comienzo a vivir algo que jamás esperaba enfrentar. Fue una de las épocas más duras de mi vida, que aún recuerdo y que en ese tiempo me preguntaba: ¿dónde estaba Dios? Cabe recalcar, que no fui criada en un hogar cristiano, pero si creyente. A esa edad comencé a vivir el abuso sexual por parientes muy cercanos que constantemente me hacían sentir como un objeto sin ningún valor. Imagínate, una niña de siete años que ya tenía miles de emociones como el abandono, tristeza, dolor enfrentar algo nuevo que marcaba aún más su corazón y su vida. Seguí siendo abusada hasta la edad de los 12 años aproximadamente sin poder hablar, ni huir de mis agresores.

No tenía identidad, me sentía completamente sucia, no amada e insignificante. Muchas veces me creía que había nacido para sufrir, me acostumbre a vivir de esa manera, escuchando

insultos y viviendo siendo tocada sin que nadie se diera cuenta de que aquella niña no era feliz. Mi escape era cuando salía a casa de mi papá porque de una u otra forma me sentía segura, me sentía libre. Pero eso también causaba en mi mamá celos porque ella no comprendía que era lo que me sucedía. Ciertamente estas vivencias de mi niñez trastocaron mi vida entera. Me sentía como una joven inmunda sin valor ninguno para nadie. ¿Constantemente gritaba desde mi interior como nadie se da cuenta de mi sufrimiento? ¿Como es que mis padres que me dicen que me aman no se dan cuenta de lo que me sucede? No comprendía, y eso me llevo a ser una joven muy rebelde, dura de corazón. Que indirectamente mis acciones eran culpando a los demás por lo que me estaba sucediendo. No me sentía cuidada, ni protegida por nadie.

Llego el momento que me acostumbre a esa vida, era parte de mí. El miedo era parte de mí, la tristeza era parte de mí, el rencor era parte de mí, la soledad, aunque vivía rodeada de muchas personas. Me sentía como Mefiboset, hubo una nodriza que me dejo caer, me quede lisiada. Me llevaron a Lodebar, allí me dejaron, allí estuve por muchos años. Estando en ese lugar y sintiendo todo el mar de emociones que tenía por dentro, comencé a tomar malas decisiones. Comencé a vivir de una manera desenfrenada, olvidé todos los valores y las enseñanzas que me habían dado. Esa marca en mi vida provoco que creara una gran barrera y fuera la persona que no era.

La niña de siete años había crecido, ya tenía 12 años y mi corazón estaba duro, tenía mi entendimiento totalmente cautivo por el mundo y sus placeres. No veía a Dios en nada, aunque ciertamente estaba ahí. Era muy difícil de entender para mí, como el Dios que me decían que me amaba, había permitido que yo pasara por todo lo que estaba atravesando siendo una pequeña niña que solo quería ser feliz. Esa falta que tenía de amor y de cuidado, comencé a buscarlo de otra manera y en otras personas. Era un alivio poder buscar un escape que me llevara por un tiempo a olvidar lo que estaba viviendo en esos momentos.

Mi rebeldía me llevo a entrar a tener amistades del bajo mundo, a escuchar conversaciones y hacer cosas que nunca antes había hecho. Tanto así, que mi primera relación fue a muy temprana edad con un hombre que estaba en caminos delictivos, pero en él, de una manera u otra encontraba protección, ayuda y amor. No tenía miedo de entregarme, porque lo que era importante para mí ya lo había perdido. Mi corazón estaba endurecido, no me importaba

que nadie sufriera, al contrario, era muy dura con mis palabras y acciones aun con mi madre. Quería ser diferente, no quería ser así, pero llegaban constantemente las saetas que me decían que no me amaban, saetas que me decían que no valía, saetas que me recordaban el pasado.

Recuerdo que siempre venían personas de la iglesia de mi comunidad, gente que se había criado conmigo y me hablaba del Señor. Le confieso me encantaba pararme en la ventana de mi casa a escuchar las predicas y las alabanzas que daban en la iglesia que estaba detrás de mi casa. ¿Pero nuevamente, volvían las saetas que me hablaban y me decían donde esta ese Dios? En fin, mi corazón lo anhelaba, pero estaba tan herida que no lo podía ver, no podía entender en mi ignorancia como me había pasado algo así.

Mi vida a causa de ese momento que marco mi vida fue totalmente desenfadada. Buscaba en los hombres lo que no había recibido, me refugié en las discotecas, placeres, en la bebida y entre muchas otras cosas. Inclusive no tenía ningún tipo de sentimientos y podía estar con hombres no importando su situación sentimental. Para mí ellos eran un juego más, me estaba desquitando, sin darme cuenta, todo lo que me había pasado. Fue muy doloroso para mí, perder a mi primera pareja ya que lo mataron cuando apenas yo tenía 18 años. En él fue donde me había refugiado y lo veía como un lugar seguro en medio de todo lo que ambos hacíamos ya que él también tenía una vida totalmente corrompida. En ese momento mis acciones empeoraron aún más ya que de una manera u otra él me ayudaba a controlarme y controlar mis emociones.

Mi vida era un total desastre, no tenía las herramientas, no sabía cómo salir de ese círculo donde estaba. Cometía error tras error, aun con mis hijos pequeños continuaba en una vida de desenfreno, solo porque tenía mi corazón roto, no había perdonado, no estaba sana. No quería eso para mis hijos, quería que mis hijos tuvieran una niñez diferente a la mía. Pero al mismo tiempo tenía tanto miedo, me daba ansiedad solo el pensar que les pasara a ellos lo que me paso a mí. Lo que me llevo a cometer tantos errores, no tenía paz, gozo, ni libertad. Día a día las saetas me recordaban lo que el enemigo quería que me creyera, él quería que permaneciera en esa condición de depresión, de rechazo, de dolor y angustia. ¿Todos los días me preguntaba para que vivía?, ¿porque el Señor me permitió nacer? Clamaba al cielo y le pedía ayuda y no tenía respuesta, sin saber que siempre estuvo ahí. Lo que no sabía que sus planes no son los nuestros y que era necesario lo que pase para hoy poder testificar de sus grandezas.

Un día todo cambio, caminando en un desierto de años, cuando mis ojos estaban cerrados el Rey me mando a llamar. No le importo mi condición, solo me dijo mira la Cruz, lo hice por amor a ti. Me fue seduciendo y me dijo: “Jehová se manifestó a mi hace tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado, por tanto, te prolongué mi misericordia” Jeremías 31: 3. Me decía a mí misma, ¿cómo él puede decir que me ama?, ¿que fui escogida por él? Y él me contestaba: “Porque de tal manera ame al mundo que di a mi Hijo Unigénito, para que todo aquel que en el cree no se pierda, más tenga vida eterna” Juan 3:16. Me recordaba que mi embrión vieron sus ojos, simplemente él no se cansaba de buscarme y recordarme quien era en él. Diariamente me invitaba a sentarme a la mesa, pero yo no sabía cómo hacerlo, aun luchaba con memorias del pasado que atormentaban mi vida y me hacían sentir menos.

Decidí un día luego de conocerle poco a poco, sentarme a la mesa. Recibir todo lo que ya él tenía preparado para mí. Reconociendo que su misericordia se extendió sobre mi vida, porque ciertamente en la vida de desenfreno que llevaba estuve cerca de la muerte, de enfermedades de adicciones y el Señor tuvo cuidado de mi vida, anduvo conmigo, aunque no lo veía. Él quería sacarme de Lodebar, él me había mandado a buscar porque me creo para un propósito. Con mucho amor y siendo paciente fue sanando mi corazón, le permití que me rompiera, que me hiciera de nuevo. Aun con mucho miedo permití que entrara a ese lugar oscuro que nadie conocía para que comenzara la obra que quería hacer en mí.

Fui como esa vasija en las manos del alfarero, como dice Jeremías 18 “Palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Levántate y desciende a la casa del alfarero, y allí te hare oír mis palabras. Entonces descendí a casa del alfarero, y he aquí, estaba allí haciendo un trabajo sobre la rueda. Y la vasija de barro que estaba haciendo se echó a perder en la mano del alfarero; así que volvió a hacer de ella otra vasija. Según le pareció mejor al alfarero hacerla”. Esa vasija era yo, lo escuche, acepte la invitación y me entro a la rueda. Me dolió, llore mucho, me incomode, me confronto, me abrazo, paso bálsamo y puso en mi un corazón nuevo. Esa operación de cambiar mi corazón fue lo más doloroso, fue lo más difícil porque, aunque quería ser sanada, no quería que entrara a ese lugar donde estaban guardados cada recuerdo de todo lo que me causo tanto daño.

Sali de casa del alfarero siendo una nueva vasija, con un corazón nuevo, pero ahora debía hacer algo que iba a terminar la operación de mi corazón. Debía ir a pedir perdón y a perdonar, debía ir a Lodebar, no a quedarme sino hablar de las grandezas que Dios había hecho conmigo. Realmente pensé que no lo iba poder hacer, pero ver a mis transgresores de frente y poder mirarlos a los ojos sin ningún rencor, poder abrazar a mi mama libremente, poder mirar a mi papa sin reclamarle, fue algo maravilloso. Aunque antes de casarme tuve que tomar consejería por casi año y medio las cuales me ayudaron y reforzaron muchas áreas de mi vida. Eso fue solo el comienzo de la obra maravillosa que Dios estaba haciendo conmigo. Día a día le pedía al Señor que me diera un nuevo corazón, que no permitiera que yo dañara lo que ya él había hecho en mí. Comencé a conocerle cada vez más y me aprendí un texto bíblico que me lo repito cada día de mi vida. “Sobre toda cosa guardada; guarda tu corazón porque de él mana la vida” Proverbios 4:23.

Hoy al escribir este corto diario puedo darme cuenta que soy libre. Libre del dolor, de la angustia, del rencor, soy libre en Cristo. Hoy puedo testificar las grandezas de Dios en mi vida y los míos, puedo hablar de la restauración de mi vida y también de una familia. Hoy puedo mirar al pasado y solo darle la Gloria al Señor por su obra en mí, porque sin merecerlo me amo y extendió su misericordia sobre mí. Hoy cuando las saetas tratan de tocar la puerta de mi mente y mi corazón, recuerdo que ellas no tienen la última palabra. Al contrario, al enemigo le recuerdo que el Señor me saco de Lodebar y me sentó a la mesa. Le recuerdo que soy libre, feliz y que en mi corazón solo habita el amor de Dios. Le recuerdo que mi pasado quedo en el fondo de la mar, y que desde hace catorce años comencé a escribir una nueva historia junto a mi amado. Hoy al escribir esto recuerdo que “Soy linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anuncié las virtudes de aquel que me llamo de las tinieblas a su luz admirable” 1 Pedro 2:9.

Puedo decir EBENECER hasta aquí me ha ayudado el Señor y puedo entender que la palabra se hace viva cuando le permitimos a el que entre y haga morada en nosotros. Hoy recuerdo que toda aflicción nos lleva a un nivel mayor en por qué dice Romanos 8:28 “y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Dios no miente, él sabe lo que hace, aunque no tenga

sentido. No olvidemos que sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni sus caminos son nuestros caminos Isaías 55:8. En el encontré todo lo que necesitaba, en el tengo paz, amor, en el encontré la salvación de mi alma, encontré el gozo de la salvación, encontré el perdón a otros y a mí misma y comprendí que el solo busca sanarnos. Por eso no podemos olvidar jamás que “El sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas” Salmos 147: 3. Él es Fiel, Siempre Fiel.